

LA EPIFANÍA Ó LOS SANTOS REYES

Día 6 de enero

P. Juan Croisset, S.J.

La Epifanía, que significa aparición ó manifestación del Salvador en el mundo, siempre fue reputada por una de las fiestas mas célebres y más solemnes en la Iglesia de Dios, ya sea por los tres misterios que se comprenden en esta solemnidad, ya sea porque se considere como fiesta peculiar de la vocación de los gentiles á la fe.

Tres misterios se celebran en una sola fiesta, por ser tradición antiquísima que sucedieron en un mismo día, aunque no en un mismo año: la Adoración de los Reyes, el bautismo de Cristo por San Juan, y el primer milagro que hizo Jesucristo en las bodas de Cana de Galilea. Esta palabra griega *Epifanía*, que significa aparición ó manifestación, conviene perfectamente á estos tres misterios. Manifestóse el Señor á los Magos, cuando por medio de la estrella milagrosa le vinieron á reconocer por su Rey, por su Dios, por su Salvador y de todo el género humano. Manifestóse su divinidad en el bautismo por medio de aquella voz del Cielo que la declaró, y se manifestó su omnipotencia en el primer milagro que hizo. Por haber sido éstos los principales medios de que Dios se valió para manifestar en la Tierra la gloria de su Hijo, los comprende todos la Santa Iglesia en el nombre de Epifanía, aunque sólo la Adoración de Jesucristo por los Reyes es como el principal objeto del oficio de la Misa y de la solemnidad presente.

Es muy probable que al mismo tiempo en que los

ángeles estaban anunciando á los pastores el nacimiento del Mesías en Judea, la nueva estrella le anunciaba también en el Oriente. Fue sin duda observada de otros muchos, porque su extraordinario resplandor y la irregularidad de su curso la hacía distinguir entre todas las demás; pero solamente los Magos, ilustrados de luz superior, conocieron lo que significaba aquel fenómeno, y ni un momento dudaron en ir á buscar al que anunciaba la estrella.

Los orientales llamaban Magos á sus doctores, como los hebreos los llamaban escribas, los egipcios profetas, los griegos filósofos, los latinos sabios, y esta palabra *Mago*, en lengua persa, también significa sacerdote. En todas partes los respetaban sumamente los pueblos, teniéndolos por depositarios de la ciencia y de la religión. La Iglesia da el nombre de Reyes á estos tres hombres ilustres, fundada en aquellas palabras de David: *Los Reyes de Tarsis y de las islas, los Reyes de Arabia y de Sabá, vendrán á ofrecerle dones* en prendas de su veneración, de su fidelidad y de su obediencia. También se funda en una tradición antigua, cuyo principio no es fácil encontrar, hallándose pinturas antiquísimas que los representan personas coronadas con todas las insignias de la majestad. Añádese á esto el testimonio de los Santos Padres más célebres de la Iglesia, como Tertuliano, San Cipriano, San Hilario, San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Isidoro, el venerable Beda, Teofilato y otros muchos. Es cierto que las naciones orientales, cuando los reinos eran electivos, escogían reyes entre los filósofos; y si eran hereditarios, procuraban instruir en las ciencias á los príncipes, de manera que pudiesen merecer el título de sabios. Así lo observa Platón, tratando de la educación de los príncipes de Persia; añadiendo que, sobre todo, la astronomía era estimada como la ciencia más digna de los soberanos.

Habiendo, pues, observado estos tres monarcas, á quienes algunos llaman Gaspar, Baltasar y Melchor, el día 25 de Diciembre una estrella más brillante que las ordinarias, juzgaron que era aquélla la estrella de Jacob anunciada por el profeta Balaam (cuyas profecías tenían bien estudiadas), como señal de un Rey que había de nacer para salvación de todo el género humano. Alumbrados al mismo tiempo con una luz interior, por la cual conocieron que aquel astro les serviría de guía para encontrar al Mesías, tomaron el camino de Judea, donde sabían por la tradición que había de nacer aquel Rey tan deseado de todas las naciones. El evangelista solamente nos viene que vinieron del Oriente, esto es, de un país que era oriental respecto de Jerusalén y de Belén. La opinión más verosímil es que previnieron de la Arabia Feliz, habitada por los hijos que Abraham tuvo de Gethura, su segunda mujer; es á saber, por Jectán, padre de Sabá, y por Madián, padre de Efa. Esto lo tenía pronosticado David bien claramente cuando dijo *que el Mesías sería adorado por el Rey de los árabes y de Sabá, quien le ofrecería oro de Arabia.* Y el profeta Isaías había anunciado lo mismo, diciendo *que vendrían de Madián y de Efa sobre camellos, como también de Sabá, para reconocerle, ofreciéndole incienso y oro, y publicando en todas partes sus alabanzas.* No favorecen poco esta opinión las especies de dones que le ofrecieron; porque el oro, el incienso y la mirra nacen principalmente en Arabia. Fueron guiados los Magos por la estrella durante todo el viaje, que fue de doce días, ó cerca de ellos. Servíales de guía este luminoso astro, no de otra manera que la columna de fuego iba conduciendo á los israelitas por el desierto, cuando salieron de la esclavitud de Egipto para la tierra de promisión; pero, cuando los Reyes se acercaron á Jerusalén, desapareció la estrella. Por eso entraron en aquella corte preguntando por el nuevo Rey cuyo nacimiento les había anunciado la estrella en el Oriente. Fue grande la conmoción que

causó ver á unos hombres de aquel carácter, que venían de país tan distante preguntando por un nuevo Rey de los judíos, á quien los mismos judíos no conocían, ignorando del todo su nacimiento. Pero el que más se asustó fue el rey Herodes, que quiso verlos para informarse bien del motivo de su viaje.

Celoso de su dignidad, y temiendo perder la corona que indignamente poseía, mandó al punto que concurriesen á palacio todos los sacerdotes y escribas de la ley; esto es, los que tenían obligación de explicar al pueblo las divinas Escrituras, cuidando que fuesen bien entendidas y que no se introdujese algún error contrario á su verdadero sentido.

Bien conocía que un Rey cuyo nacimiento anunciaba el Cielo con señales tan especiales, no podía ser otro que el Mesías; y así, la pregunta que hizo á la junta la limitó á estos precisos términos: Decidme, ¿dónde ha de nacer el Salvador? Todos á una voz respondieron que en Belén, pueblo humilde de la tribu de Judá, según la profecía de Miqueas, cuando asegura que la desconocida aldea de Belén, no obstante su pequeñez, tendría la gloria, de que carecerían las ciudades más ilustres, de dar un Príncipe y un Jefe á todo el pueblo de Israel. No fue menester más para llenar de turbación el ánimo y el corazón de aquel ambiciosísimo príncipe, cuya crueldad era igual á su ambición.

Resolvió deshacerse de aquel Niño, y, llamando aparte á los Magos, les hizo muchas cavilosas preguntas. Sobre todo se informó exactamente por ellos del tiempo en que les había aparecido la estrella; y, reconociendo al mismo tiempo su piedad y su confianza, afectó aprobarles mucho su devoción, y los exhortó á que prosiguiesen su viaje. Id, les dijo; id en buen hora á Belén, donde ha de nacer ese Rey prometido y ese

Libertador de su pueblo; informaos minuciosamente de todas las circunstancias de ese Niño, y hacedme el favor de volver á honrar mi corte, donde os espero con impaciencia para que me participéis lo que hubiereis descubierto, á fin de que también logre yo la dicha de adorar á ese divino Monarca. De esta manera pretendía engañarlos artificiosamente para hacerlos caer en el malicioso lazo que les armaba.

Luego que los Magos se despidieron de Herodes y volvieron á ponerse en camino, volvió también el Señor á restituirles su resplandeciente guía. La estrella, que se les había encubierto desde que entraron en la corte, se dejó ver otra vez apenas salieron de ella, y los condujo derechamente á Belén.

No es fácil formar concepto del gozo que inundó sus corazones cuando volvieron á ver aquel astro, y sobre todo cuando le vieron hacer alto y pararse perpendicularmente sobre el humilde portalillo donde estaba el nuevo Rey. Entraron en él, y hallaron lo que buscaban. Encontráronle en los brazos de su Madre, y no vieron ningún aparato, ninguna señal exterior que le diferenciase de los demás niños. Con todo eso, aquella misma interior luz, que les dio á entender lo que significaba la estrella, ésa misma les hizo conocer, en medio de aquel exterior humilde, la augusta majestad y la suprema dignidad de aquel Dios Niño hecho Hombre.

Llenos de fe y de respeto se postraron en su presencia, y le adoraron como á Señor del Cielo y Tierra y como á Salvador de los hombres; y, según la costumbre de su país de no presentarse nunca ante los grandes con las manos vacías, le ofrecieron de los géneros más preciosos y más estimados que producía su tierra: oro, incienso y mirra. Entonces se cumplió á la letra la profecía de David, hablando del Mesías: *Los reyes de la*

India, de la Arabia y de Sabá vendrán á ofrecerle dones en testimonio de su fidelidad y de su obediencia.

Pensaban los Santos Reyes regresar por Jerusalén; pero el ángel del Señor se les apareció en sueños y les advirtió que se volviesen por otro camino, y que por ningún caso se dejasen ver de Herodes, cuyos artificios se descubrieron entonces, conociendo la malignidad de sus perversos intentos.

i Cosa extraña es que los extranjeros vengan de países tan distantes á adorar al Salvador del mundo, y que no le conozcan los judíos, cuando acaba de nacer en medio de ellos! ¿Podían tener indicios más claros de su venida? Pero ¿de qué sirve la luz á los que son voluntariamente ciegos? ¿Quién tendrá la culpa de que Hérodes no lograra la misma dicha que los Magos? Envíale Dios tres príncipes extranjeros para que le anunciaran el nacimiento del Salvador del mundo en Judea; sus mismos doctores le instruyen con toda claridad del lugar en que ha de nacer el Mesías. Pero ¿qué efecto producen todas estas instrucciones, todas estas gracias en un corazón ambicioso, irreligioso é impío? La turbación, el engaño y la crueldad. Un corazón puro, un corazón religioso, apenas ve la estrella cuando se pone en camino para adorar al que anuncia. Un alma mundana, un hipócrita, hace servir la religión á su política, á su ambición y á su insaciable avaricia.

i Oh cuánta verdad es que á Dios se le encuentra siempre que se le busca de buena fe! Si no hubiere estrella, no por eso falta socorro, no por eso falta guía; todo depende de la rectitud de nuestras intenciones y de la sinceridad del corazón. La malicia de éste es la única que apaga é inutiliza la luz de la gracia. En vano brilla ésta si se cierran los ojos á su resplandor. El país de los gustos, nunca lo fue de la virtud. Apenas se retiraron los

Magos de la corte de aquel impío monarca, cuando volvieron á descubrir la estrella que se les había ocultado. Pocas veces se dilata largo tiempo la vuelta de la devoción sensible. No basta ponerse en camino; es menester ir delante, es menester no parar hasta llegar al término. Pero nunca nos pongamos delante de Dios con las manos vacías. La caridad, la piedad, la mortificación son dones muy de su gusto; el corazón contrito y humillado siempre es bien recibido.

En la opinión más común de los Sagrados Expositores y Santos Padres, los Magos llegaron á Belén trece días después que había nacido el Salvador. Este tiempo bastaba para que viniesen de la Arabia; y, por otra parte, si se hubiesen detenido mucho más, es cierto que no hubieran encontrado al Señor en el portalillo de Belén. Es verdad que Herodes hizo degollar á todos los niños que no pasasen de dos años, según el tiempo que sé había informado de los Magos; pero esto sólo prueba que, viendo Herodes que no venían, los tuvo por hombres simples, ligeros é ilusos, que, avergonzados de no haber encontrado al que venían buscando desde tierras tan distantes , no se habían atrevido á Volver á la corte; y llegando después á su noticia las maravillas que habían sucedido en el Templo con ocasión de aquel Niño, que se decía ser el Mesías, entró en un cruel furor que le movió á mandar pasar á cuchillo todos los niños de dos años abajo, que habían nacido en Belén y en sus cercanías, por no dejar con vida al que le habían anunciado los Magos.

Casi todos los Santos Padres de los primeros siglos son de opinión que la estrella era un astro nuevo, cuyo resplandor, como dice San Ignacio, mártir, excedía al de todos los demás, creado por Dios únicamente para anunciar á los hombres el nacimiento del Rey de los Cielos.

En fin, es tradición constante, de la cual no hay razón alguna para desviarnos, que aquellas primicias de la gentilidad que vinieron á adorar el verdadero Dios eran verdaderamente reyes, esto es, príncipes soberanos de una ó de muchas ciudades, como eran los de Pentápolis, á quienes venció y deshizo el santo patriarca Abraham.

Los más célebres Padres de la Iglesia fueron de sentir que el bautismo del Hijo de Dios, el milagro de la conversión del agua en vino y la adoración de los Magos acaecieron en un mismo día; esto es, el día 6 de Enero, aunque en años diferentes. En virtud de esto, la Santa Iglesia une estos tres misterios en una misma fiesta, haciendo una como triple Epifanía, que quiere decir triple manifestación, celebrando el día en que se manifestó Cristo á los Magos por medio de una estrella, el día en que se manifestó á San Juan por el testimonio de su Eterno Padre, y el día en que se manifestó á sus discípulos por el primero de sus milagros. Por esta triple solemnidad fue tan célebre esta fiesta desde los primeros siglos de la Iglesia, que, hallándose tal día como éste en Viena de Francia Juliano Apóstata el año de 361, no se atrevió á dejar de asistir á los divinos oficios; y el emperador Valente, aunque era arriano, estando en Cesárea de Capadocia el día de la Epifanía, le pareció preciso concurrir á la Misa mayor con todos los católicos, creyendo que, si dejaba de hacerlo, sería sumamente odiado y le tendrían por impío. Pero nosotros nos contentamos con hablar el día de hoy de la Adoración de los Reyes, reservando para los días siguientes el hablar de los otros misterios.

Por lo que toca á los Reyes que tuvieron la dicha de adorar al Salvador y de ofrecerle sus dones, fácilmente se deja discurrir la abundancia de gracias y de dones sobrenaturales con que serían correspondidos; con qué fe

tan viva, con qué caridad tan ardiente, con qué celo tan puro y tan generoso se volverían á sus casas, donde, después de haber anunciado las maravillas de que ellos mismos habían sido testigos, merecieron morir con la muerte de los Santos. Y, ciertamente, con una gracia y una vocación tan singular, con una fidelidad tan generosa y tan exacta, no podían dejar de conseguir tan feliz suerte. Así lo cree la misma Santa Iglesia, y por eso permite el culto público que se les rinde.

Asegurase que las reliquias de estos primeros héroes del Cristianismo fueron primeramente transportadas de Persia á Constantinopla por el celo y por la piedad de Santa Elena; que después, en tiempo del emperador Emmanuel, se trasladaron á Milán, donde se mantuvieron 670 años, según Galesino, hasta que, finalmente, cuando esta ciudad fue tomada y saqueada por Federico Barbarroja el año de 1163, fueron trasladadas á Colonia, ciudad de Alemania, donde se conservan el día de hoy con singular veneración en la magnífica capilla situada detrás del altar mayor de la Catedral, Dom de Colonia: Köln.

SANTA MACRA, VIRGEN Y MÁRTIR

Fue natural de las Galias, y, habiéndose convertido á la religión de Jesucristo, fue presa por orden de Riciováro, gobernador de Reims, en la persecución de Diocleciano, y obligada á ofrecer incienso á los ídolos, lo cual rehusó con admirable constancia. Visto esto, fue echada al fuego, de donde salió ilesa; después la cortaron los pechos y la pusieron en una obscura y hedionda prisión, y últimamente, habiéndola arrastrado por encima de carbones encendidos y de pedazos de hierro muy puntiagudos, y perseverando siempre constante en la fe de Jesucristo, dio su alma al Señor el

día 6 de Enero del año 322.

Su sagrado cuerpo se conserva con la mayor veneración en la iglesia de San Martín de la ciudad de Reims (Francia).

La Misa de este día es del misterio, y la oración es la que sigue.

¡Oh Dios, que en este día revelaste tu Unigénito Hijo á los gentiles, dándoles por guía una estrella: concédenos por tu bondad que, pues ya te conocemos por la fe, lleguemos hasta la contemplación de tu gloria inefable! Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 60 de Isaías.

Levántate, Jerusalén, recibe la luz, porque ha venido tu lumbrera, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti. Porque he aquí que las tinieblas cubren la tierra, y la oscuridad á los pueblos; mas sobre ti nacerá el Señor, y su gloria se manifestará en ti. Y caminarán las gentes con tu luz, y los reyes con el resplandor de tu nacimiento. Levanta alrededor tus ojos, y mira: todos los que ves congregados han venido para ti: tus hijos han venido de lejos, y de todas partes se levantarán tus hijas. Entonces verás y te hallarás abundante; se admirará y se ensanchará tu corazón cuando te vieres llena de las riquezas del mar, y venga á entregarse á ti todo el poderío de las naciones. Serás inundada de una multitud de camellos, de dromedarios de Madián y Epha. Todos vendrán de Sabá á traerte oro é incienso y á publicar las alabanzas del Señor.

REFLEXIONES

Muy ciego está el que no vea en la mitad del día. Tal

es la suerte de todos los que están fuera del gremio de la Santa Iglesia. Que se viese con escasez, ó que nada se viese antes de descubrirse el divino Sol de justicia, no era maravilla; pero después que amaneció el más claro día, después que la luz de la fe iluminó todo el universo, después que brilla en el mundo la gloria del Salvador, proseguir en un profundo sueño, en un fatal letargo; no abrir los ojos al resplandor de tanta claridad, ó tenerlos medio abiertos; no dejarse persuadir de verdades tan grandes, no levantarse jamás del polvo, arrastrar siempre por la tierra, ¡qué estado más lamentable ni más digno de temerse !

Fuera de la Iglesia católica, todo es tinieblas, todo es error. ¡Qué dicha nacer y morir dentro del seno de la Santa Iglesia! ¡ Mi Dios, cuánto acreditan la verdad de nuestra religión, cuánto ensalzan vuestra gloria tantas naciones bárbaras y fieras humilladas á los pies de Jesucristo, tantos monarcas rendidos á los abatimientos de la cruz! Pero ¿qué impresión hace en nosotros un motivo tan poderoso de credibilidad? ¿Corresponden nuestras costumbres á lo que creemos por la fe?

La Iglesia ha visto ya cumplido todo lo que se anuncia en esta profecía. Los pueblos vinieron desde lejos, puesto que vinieron desde lo muy profundo de la idolatría, á abrazar la verdadera religión. ¡ Qué alegría para la Santa Iglesia al ver dentro de su gremio tanta multitud de escogidos! ¿Estamos nosotros comprendidos en el número de los que dan este motivo de gozo á la Santa Iglesia? ¡ Oráculo terrible! ¡ Oráculo espantoso! Muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y serán colocados con Abraham, Isaac y Jacob en la mesa del Reino de los Cielos, y los hijos del mismo reino serán arrojados fuera. ¿A quién deberán ellos atribuir esta desgracia, sino á su propia malicia? Quien no quiere reconocer á Dios por Padre, ¿de qué se queja si no le

trata como á hijo?

Levanta tus ojos, y mira alrededor de ti. Tantas personas de la misma edad, del mismo estado, de la misma profesión, que en medio de los mismos peligros, con las mismas pasiones, con los mismos enemigos, con los mismos obstáculos, hacen vida cristiana, una vida ejemplar, adoran á Dios en espíritu y en verdad, honran con sus costumbres nuestra religión y condenan tan visible, tan concluyentemente tus desórdenes, tu vida licenciosa. **¿Qué tendrás que responder cuando te den en los ojos con ejemplos tan convincentes contra tu cobardía, contra esa vida tan poco cristiana? ¿Qué salida? ¿Qué excusa? ¿Qué justificación? Fue violenta la tentación. ¿Y quién es tu mayor tentador sino tú mismo? ¿Piensas que el enemigo común perdonó á los demás y que los dejó en paz? Te engañas: pero velaron, pero acudieron á la oración con mayor fervor que tú y fueron más firmes y más perseverantes en ella. No hay que acusar en nuestras caídas á nuestra flaqueza, sino á nuestra mala voluntad. La gracia, que á nadie se niega, suple abundantemente lo que nos falta de fuerza. Huyamos el peligro, evitemos la ocasión, guardémonos contra los artificios, contra los lazos que nos arma el enemigo. No nos exponamos á sangre fría, con plena deliberación, a esas concurrencias, á esas diversiones donde todo es riesgo, donde todo es tentación. ¡Cosa extraña! Exponerse á todos los golpes del enemigo, y quejarse después de salir herido y maltratado!**

El Evangelio es del cap. 2 de San Mateo.

Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá, reinando Herodes, he aquí que vinieron del Oriente los Magos á Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los Judíos? Porque hemos visto su estrella en el Oriente, y venimos á adorarle. Oyendo esto el rey Herodes, se

turbó, y toda Jerusalén con él. Y juntamente á todos los príncipes de los sacerdotes y á los escribas del pueblo les preguntaba dónde había de nacer Cristo. Y ellos le dijeron: En Belén de Judá; porque así está escrito por el Profeta: y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales ciudades de Judá; porque saldrá de ti el Capitán que gobierna á Israel mi pueblo. Entonces Herodes, llamando en secreto á los Magos, les preguntó con cuidado el tiempo en que se les había aparecido la estrella; y enviándoles á Belén, les dijo: Id, é informaos exactamente acerca de ese Niño; y cuando le hallareis, avisádmelo, para ir yo también á adorarle. Y ellos, en oyendo al rey, se fueron, y al mismo tiempo la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que, llegando adonde estaba el Niño, se paró. Más viendo la estrella se llenaron de sumo gozo, y entrando en la casa hallaron al Niño con su Madre María; y, postrándose, le adoraron. Y abriendo sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra, y, avisados en sueños de que no volviesen á Herodes, tomando otro camino se volvieron á su tierra.

MEDITACIÓN

De la Adoración de Jesús por los Magos.

PUNTO PRIMERO. — Considera cuáles fueron los sentimientos de gozo, de admiración, de amor y de respeto en aquellos Santos Reyes cuando, habiendo llegado á Belén, vieron que no se habían engañado y que no habían salido falsas sus conjeturas. Encuéntrase á Dios siempre que se le busca: ¡y qué consuelo es hallarle después de haberle buscado!

¡Cuántos verían la misma estrella, y tendrían el mismo pensamiento que los Magos, y no tuvieron el mismo valor ni la misma docilidad! Por eso fue muy

diferente su suerte. Esas mismas gracias que nosotros menospreciamos; esas mismas saludables inspiraciones que nosotros resistimos, quizá, y sin quizá, ganarán para Dios á muchas almas fieles. ¡Qué desdicha haber sido indóciles á ellas! Y algún día ¡qué dolor, qué desesperación!

¡ Cuántos mirarían con falsa compasión la credulidad de los piadosos monarcas! ¡ Cuántos se reirían de su sencillez! ¡ Cuántos la tratarían de credulidad y de ligereza! ¡Qué zumba, qué burla no se haría en sus cortes, y aun en las extranjeras, de su jornada! Pero, cuando los Magos hallaron lo que buscaban, ¿se arrepentirían de haber sido tan prontos en seguir la voz de Dios? ¿Se avergonzarían de su candor? ¿Se quejarían de las fatigas, de los trabajos del camino? Infiere de aquí los sentimientos que tendrían á la hora de la muerte. Entonces, ¡qué dulce cosa será haber seguido la estrella! ¡Ah, y qué diferencia tan espantosa entre Herodes y los Santos Reyes!

Pero ¿cuál fue el exceso de su gozo cuando advirtieron aquel Divino Salvador, en el cual, alumbrados con superior luz, reconocieron que habitaba corporalmente toda la plenitud de la Divinidad? Penetrados de los más vivos sentimientos de religión, ¡ con qué profundo respeto, con qué devoción se postrarían en su presencia! ¿Es parecida nuestra devoción, nuestra piedad, á la de los Reyes Magos? Y, sin embargo, el mismo Jesucristo que ellos, tenemos nosotros actualmente presente en el Santísimo Sacramento.

¡Ah, dulce Jesús mío, y qué poco me he aprovechado hasta ahora de vuestra presencia! ¿Adonde estaba mi fe cuando os he tenido tan poco respeto? ¿O adonde estaba mi respeto cuando os creía presente por la fe? Lloro, Señor, íntimamente mi ceguedad, y mi adoración

comienza desde hoy á reparar mi irreverencia.

PUNTO SEGUNDO. — Considera qué agradable fue al Salvador del mundo esta adoración de los Magos. ¡Con qué fe derramaron el corazón en su presencia! ¡Mi Dios, una fe viva es muy elocuente; un corazón franco y rendido es mucho de vuestro divino agrado!

Fueron sin duda preciosos los dones que ofrecieron; pero, en los ojos de Dios, su devoción, su caridad fue la más preciosa. El corazón es el que da estimación á nuestras liberalidades: sin él no aprecia el Señor nuestras ofrendas. No nos presentemos jamás delante de Dios con las manos vacías; ofrezcámosle liberalmente lo que no nos pide, y estaremos más prontos á no negarle lo que expresamente nos pide. ¡Cuántos rinden á Dios un vano culto, porque su corazón está muy distante de Su Majestad!

Pero ¡ con qué favores, con qué dones sobrenaturales no enriqueció el Salvador el alma de aquellos primeros fieles! De manera que Dios recompensa lo mismo que él nos da: ¡y aun así nos cuesta trabajo el dar nosotros á Dios! ¡Oh qué justicia tan impía! También fueron objeto de su veneración la Santísima Virgen y San José. Ninguno puede honrar al Hijo, que no tenga amor y devoción á la Madre. ¡Mi Dios, y qué gran dicha es hallaros.! ¡Con qué felicidades se encuentra el alma que sinceramente os busca! No hay ya que admirarse de que no hubiese hecho fuerza á los Magos, para dejar de reconocer por Dios al que veían en tan humilde figura , ni la oscuridad del lugar, ni la pobreza de las personas, porque la fe lo suplía todo. ¿Y qué es sino falta de fe nuestra insensibilidad á vista de nuestros más sagrados misterios?

¡Ah, mi dulce Salvador, qué lecciones tan

importantes, qué ejemplos tan eficaces encuentro en vuestros primeros adoradores! ¿Es posible que, porque yo os puedo encontrar á menos costa, os busque con menos cuidado, os adore con menos respeto y os rinda mi veneración más raras veces? Esto es lo que hasta aquí he practicado, y esto es lo que desde ahora comienzo á detestar íntimamente, resuelto á daros más culto en adelante con mayor frecuencia, y á adoraros en espíritu y en verdad lo restante de mis días.

JACULATORIAS

Adórete, Señor, y bendígate por siempre jamás toda la Tierra.— *Ps. 65.*

Bendición, honra, gloria y poder por los siglos de los siglos al que está sentado en el Trono y al Cordero.— *Apoc, 5.*

PROPÓSITOS

1. No dejes de rendir hoy tus respetos á Jesucristo presente en nuestros altares; y eligiendo, si puede ser, la iglesia menos frecuentada, ve á adorarle con singular devoción, con fervor nuevo. Hazle tres visitas en horas diferentes, y acompaña cada adoración con alguna especie de satisfacción para reparar el olvido que se tiene de Su Majestad y las irreverencias que se cometen en su presencia. Procura que tu respeto, tu devoción y tu modestia sean pruebas de tu fe y muestras de tu amor.

2. Acuérdate de no ponerte hoy delante de Jesucristo con las manos vacías. Nuestra oración debe ir acompañada, de nuestros dones. Fuera del corazón, que le debes ofrecer, añade también algún otro presente en cada visita. Ciertos actos de mortificación y de virtud, ciertos pequeños sacrificios, que conviene determinar y

prometer, no dejarán de ser bien recibidos. Una limosna podrá ser uno de los dones más agradables. Y habiendo pocos lugares crecidos donde no esté fundada la útilísima devoción de la Adoración perpetua del Santísimo Sacramento, haz piadoso propósito de alistarte en tan Santa Congregación. Señala tu día y tu hora de adoración. No hay devoción más útil ni más sólida; y así, procura desempeñarla con perseverancia y con puntualidad. Si no estuviere introducida esta Congregación en el lugar donde vives, ejerce y dedica toda tu autoridad y todo tu crédito en introducirla, y será una obra muy digna de tu católico celo. ¿Qué cosa más fácil que persuadir á todos los feligreses que pasen una hora cada mes ó cada año delante del Santísimo Sacramento? Será un manantial perenne de bendiciones para el pueblo, y tú tendrás grandísimo consuelo en haber contribuido á que Jesucristo sea adorado todas las horas del día.